

LA NOCHE, EL PERIÓDICO, ALFREDO

No es verdad que todos los olores sean malos incluido el de santidad, una ciudad es muchas veces un olor que cada cual capta muy personalmente, como también lo puede ser una calle concreta, y un oficio, ahí está la manera tan particular con que se dejan ventear las imprentas para quien les tiene querencia. Pero todavía más si es de noche y si la imprenta está para hacer un periódico, alimento para la mañana inminente. Como si se estuviera fabricando el pan.

De manera que mi reposo del guerrero, más bien casto, puede consistir en la casa donde se hace LA HORA. Hay gente trabajando. Discreta y anónima gente, porque un diario no sale nunca con los nombres de los linotipistas, cajistas, confeccionadores, redactores, correctores que realizan «el programa», que en esto no se parecen nada a los compañeros de la radio, y no digamos a los de la televisión. Yo suelo subir en primer lugar a un reducto que me parece que es el archivo. Se entra y se diría que está uno en su propio pueblo. Quiero decir, si el que entra es casualmente de Villafranca. Acaso haya en las paredes alguna fotografía política o social, tal o cual monumento o paisaje de la provincia, pero son imágenes acobardadas bajo la prepotencia villafranquina que se manifiesta en nocturnos de la colegiata, gigantes y cabezudos, puentes y barrios altos y bajos, el jardín con nieve, el jardín sin nieve...

Pero además está Alfredo. Bueno, estaba. Un hombre hecho y derecho, rematado por una cara que no ha perdido nunca la inocencia: esa que le escribía Goethe a su camarada Schiller, «la inocencia del acontecer». Recientemente, con el último día de este marzo veleidoso, Alfredo se marchó a un descanso bien merecido, pero escasamente necesario para tanto hervor joven como le queda dentro del cuerpo. En cuanto a lo de dentro del alma, ya saben ustedes, los que lo conocen.

Bien. Alfredo no está. A ver quién saca ahora las mejores galas gráficas de los ficheros, para hacer que un articulín modesto con nuestro nombre aparezca con honores de primera firma. Como si dijéramos de don José María Pemán en un extraordinario del «A B C»... Aunque sólo fuera por esto -y quedan largas, profundas razones para el homenaje-, era urgente traer aquí una cuartilla que por primera vez tuviera de protagonista al hombre todopoderoso y secreto de los archivos. Probablemente saldrá sin «santos», como bien dicen los niños. Es natural. Para acompañar al texto adecuadamente, habría que buscar ilustraciones que no suele captar la cámara ni el pincel: asuntos del alma, que ni siquiera se le arreglan a la pluma...

En cuanto a mis visitas, nada se habrá definitivamente perdido. El mismo olor casi afrodisíaco de la tinta, del papel virgen e impaciente y del trabajo humano codo con codo, llevará alguna noche a Alfredo López Laguna hasta el lugar donde coinciden tantas cosas de nuestra historia personal... Y allí estaremos al pie de las noticias, acaso desengaños de algo, pero nunca jubilados de todo.

Antonio PEREIRA